

EL PROTECTORADO.

1653—1658.

Fácil hubiera sido á Cromwell convocar un parlamento libre, pero no le plugo hacerlo: buscaba el poder, que no la libertad. La Inglaterra, por otra parte, estaba cansada de parlamentos, y despues de la anarquía se respiraba para el despotismo. El consejo de los oficiales, que habia presentado la petición decisiva, se abrogó el derecho de eleccion, y eligió, siempre sugerido por Cromwell, los hombres mas oscuros, ignorantes y fanáticos del partido millenario; y ciento cuarenta individuos, así escogidos, fueron investidos del poder supremo. El mayor general Lambert, que se apellidaba republicano, siendo un servil, y Harrison, demócrata de buena fe pero de menguada inteligencia, prestaban su apoyo á todas las demasías. Harrison, partidario de la quinta monarquía, pedía únicamente que el nuevo consejo se compusiese de setenta y dos miembros, para que se pareciese mas al Senhadrin de los judíos. En el club legislativo de los ciento cuarenta santos, era preciso tener largos nombres compuestos, y tomados de la Escritura; así como los que componían los clubs durante la revolucion francesa se llamaban *Escévola* y *Bruto*. De los dos hermanos Barebone, uno, el corredor, se llamaba *Alaba á Dios*; y el otro, *Si Cristo no hubiese muerto por vosotros, os hubierais condenado, Barebone*. Este Barebone, cuyo nombre significa en francés *descarnado*, dió su nombre á los ciento cuarenta y cuatro: al parlamento *croupion* sucedió el parlamento *Condenado Barebone*, ó el *Condenado descarnado*.

En una lista de jurados del ducado de Sussex se ven los nombres de White de Emer, *Combates por la buena causa de la fe*; de Pimple de Whitam, *Mata el pecado*, y de Harding de Lewes, *Lleno de la gracia*. Cuando los santos entraban en sesion en Westminster, recitaban oraciones, buscaban al Señor dias enteros y explicaban la Escritura: hecho esto, ocupábanse de los negocios de cuyo espíritu se juzgaban poseidos. Cromwell abrió la sesion de los *descarnados* con un discurso que acompañó de piadosas lágrimas, dando gracias al cielo por haber vivido bastante para asistir al principio del reinado de los santos en la tierra.

En medio de todas estas locuras se formaban las nuevas costumbres y se arraigaban las instituciones. Estos caracteres eran tan ridiculos porque eran originales: pero todo lo que está poderosamente constituido encierra un principio de vida. Los cortesanos de Carlos II pudieron reirse de ellos, pero aquellos fanáticos de buena fe dejaron una posteridad que dió su merecido á los cortesanos.

Whitelocke dice que algunos hombres ilustrados y de elevada gerarquía tomaban asiento en el parlamento Barebone. Ludlove pinta á los *descarnados* como una turba de honrados mentecatos, bastante parecidos á nuestros filántropos. Whitelocke era un parlamentario tímido, que habia huido por no verse precisado á condenar á Carlos I, y que se filiaba siempre en el partido del mas fuerte; Ludlow era un parlamentario decidido, asesino del rey y enemigo de Cromwell.

No habian trascurrido aun cinco meses, cuando los ciento cuarenta y cuatro santos, incapaces ya de gobernar en medio de la risa general, encargaron á Rouse, su orador y hechura de Cromwell, entregase la autoridad en manos del que les habia investido de ella. Cromwell habia previsto este caso, y aceptó gimiendo el peso de la autoridad soberana.

Algunos imbéciles, extraños á la faccion militar, se obstinaron en permanecer funcionando á pesar de la desercion del orador y del alguacil que se habia llevado la maza de armas. El capitán White entró en la Cámara, y preguntó á aquellos santos pertinaces qué hacían allí (era el 12 de noviembre de 1653). «Busca-

mos al Señor;» le respondieron. «Buscadlo en otra parte, replicó White, pues ha muchos años que el Señor no se ha dejado ver por estos lugares.» Y diciendo y haciendo, mandó á sus esbirros expulsar á aquellos delirantes. No obstante, el verdadero principio republicano existía entonces en el ejército inglés mas que en las autoridades civiles; pero no cabe alianza duradera entre el poder constitucional y la autoridad militar, pues cuando la libertad se refugia en el altar de la victoria, no tarda en ser inmolada: sacrifícala para obtener el viento de la fortuna.

Todos los diferentes partidos, excepto el de los santos y el de los verdaderos republicanos, el partido del rey, el del episcopado, el militar y el de los golillas que habian temido la reforma de las costumbres y la simplificación del código de procedimientos; todos los intereses, todas las ambiciones, todas las malas artes, y el cansancio general aplaudían las empresas de Cromwell: este fue cumplimentado por el ejército, por la armada y por las autoridades civiles, porque todos esperaban ansiosos y llenos de curiosidad lo que haría del poder: su fábrica estaba dispuesta y sus obreros prontos á empezar los trabajos.

Convocado el consejo de los oficiales, el mayor general Lambert leyó un escrito intitulado: *Instrumento de gobierno*, reducido á una constitucion que colocaba el poder legislativo en un parlamento y un protector. Estableciase igualmente que los miembros de este parlamento serian elegidos por el pueblo; que funcionarían anualmente cinco meses, á voluntad del protector; que este tendría el veto suspensivo; que nombraría todos los empleos civiles y militares; que en los interregnos de las sesiones, la nación seria gobernada por el protector y por un consejo compuesto de veinte y un miembros, cuando mas, y de trece, cuando menos.

Suplicóse á Cromwell que aceptase el protectorado, y condescendió sin oposicion con los votos de sus pueblos. El corregidor y los aldermen de Londres fueron invitados á concurrir á una ceremonia de instalacion en la sala de Westminster. El Protector prestó juramento al *Instrumento de gobierno*, obra suya. El general Lambert, hincando en tierra una rodilla, le presentó una espada envainada; los comisarios le entregaron los sellos, y el corregidor de Londres le dió una espada desnuda; el vasallo de los Estuardos, ya monarca absoluto de los tres reinos, fue á descansar en el palacio del rey á quien habia asesinado.

El primer parlamento convocado por Cromwell no correspondió á lo que de él esperaba, pues se manifestó en su seno un espíritu de libertad, que la opresion militar no pudo ahogar. En vano el Protector habló al abrirse el Parlamento, de los excesos de la libertad; declamó ingrato contra lo que le habia dado el poder, esto es, los agitadores, los niveladores, los millenarios y las otras diferentes sectas; en vano tronó contra una igualdad quimérica, y elogió la division de las clases en nobles, gentiles-hombres y estado llano; pero aunque su discurso era razonable en el fondo, y hasta de acuerdo con la opinion nacional, adicta aun á los principios de la antigua sociedad, no era esta la cuestion para los Comunes, que solo se ocuparon del poder del Protector, y del bastardo origen de que emanaba. El Parlamento no veía que era tan legitimo como el protectorado, puesto que uno y otro existían únicamente en virtud de una pretendida constitucion, confeccionada por quien no habia tenido derecho de formularla.

Viéndose Cromwell en peligro, no titubeó: despues de la violenta disolucion del parlamento Largo, la violacion de la representacion nacional habia llegado á ser una especie de jurisprudencia política. El Protector puso guardias á la puerta de Westminster, con orden expresa de no permitir la entrada sino á los diputados que se brindasen á firmar una obligacion en

cuya virtud reconociesen la autoridad del Parlamento y de uno solo. Ciento treinta miembros firmaron despues de luego, y otros se apresuraron á imitar la villanía de sus cólegas. Nada excita mas emulacion que la hajeza: hay una especie de héroes de vileza á quienes no permiten permecer ociosos los triunfos de la cobardía.

Cromwell, una vez Protector, tomó el título de Alteza. Acuñáronse diferentes medallas en su honor: una lo representaba en busto con esta inscripcion: *Oliverius Dei gratia, Republicæ Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ Protector*; en otra cara campeaba el escudo de armas de Inglaterra, y en el exergo se leían estas palabras, grabadas despues en las monedas contemporáneas: *Pax queritur bello*. Otras medallas presentan un corpulento olivo á cuya sombra descuellan otros dos mas pequeños, símbolos del Protector y de sus hijos. La inscripcion dice: *Non deficient Olivarii*. La adulacion no hablaba un latin tan castizo como en tiempo de Tiberio.

Cuando los oficiales fueron á cumplimentar á Cromwell por su modestia en no haber aceptado sino el título de *Protector*, puso la mano sobre su espada y les dijo: «Esta espada me ha elevado; si intentara encumbrarme mas, ella me mantendrá en la esfera que me plazca ocupar.»

No obstante, por grandes que sean la pusilanimidad de los hombres y su temor al poder, es imposible apagar en una asamblea deliberante todo principio vital. Los miembros de los Comunes, á pesar de la obligacion firmada, examinando con madurez el *Instrumento de gobierno*, se reservaron el nombramiento del sucesor de Cromwell, desechando el principio del protectorado hereditario por una mayoría de doscientos votos contra sesenta.

Terminados los cinco meses de sesion, Cromwell reunió el Parlamento en 22 de enero de 1655 en la *Sala pintada*, y se desató en impropiedades, tratando á los diputados de parricidas por haberle disputado su autoridad, olvidando que él no era otra cosa que un regicida; declaróles ademas que si la república debia padecer, era preferible que fuese dependiente de los ricos que de los pobres, quienes, segun dice Salomon, cuando oprimen nada dejan en pos de sí. Cromwell habia sido herido en su orgullo en la discusion relativa al protectorado hereditario, dejando por este medio la esperanza de sucederle á los principales oficiales y especialmente al mayor general Lambert.

Disuelto el Parlamento, Cromwell convocó otro, para obtener, segun decia, el dinero necesario para el servicio del ejército y de la escuadra, para robustecer el *Instrumento de gobierno*, y en fin, para legalizar la autoridad de los *mayores generales*. Eran estos unos comisarios militares, encargados de levantar sobre los bienes de los realistas, á causa de algunos movimientos insurreccionales por parte de estos, una contribucion arbitraria, equivalente al diezmo de sus fortunas. Cromwell corrompió hasta donde le fue posible las elecciones, y anuló las que le eran menos favorables.

De todo esto surgió un parlamento que bajo el nombre de *Humilde petición y parecer*, invitaba al Protector á tomar el título de rey, y á reunir otra cámara; es decir, una especie de cámara de Pares, compuesta de setenta miembros, nombrados por Cromwell.

Conceptuóse este obligado á rehusar la corona en un largo y oscuro discurso, en que trasporaban á la vez su disgusto por rehusar la diadema, y su satisfaccion por reproducir la escena representada por César. Muchas veces habia hecho controvertir en su presencia la cuestion del *mejor gobierno*: casi en la misma época escribía el gran Corneille la escena de Cinna.

Bonaparte no titubeó en coronarse, bien fuese por

que viéndose rodeado de mas gloria, abrigase mas audacia; bien porque la Francia, mas desgraciada en su revolucion que Inglaterra en la suya, temiese menos perder la libertad.

El nuevo parlamento confirmó y confiró de nuevo á Cromwell el título de Protector, con la facultad de nombrar su sucesor, lo que hacia de hecho hereditario el protectorado. Tambien este parlamento fue disuelto á causa de los temores que inspiraba á su dueño; acaso Cromwell aborrecia en su interior á aquellos diputados harto candorosos, porque no le habian ceñido á la fuerza la corona. La usurpacion se entregaba de esta manera á esas frecuentes disoluciones que habian perdido á la legitimidad; pero el brazo de Cromwell era asaz mas poderoso que el de Carlos: este brazo podia mantener en pié sobre ruinas lo que una fuerza ordinaria no hubiera podido evitar que viniese á tierra.

Prescindase de la ilegalidad de las medidas de Cromwell, ilegalidad á que despues de todo se veia tal vez precisado á apelar para mantener su ilegal poder, y se verá que la usurpacion de este gran hombre fue gloriosa. En lo interior hizo reinar el orden, pues á semejanza de muchos déspotas, era amigo de la justicia en todo lo que no se relacionaba con su persona; y tal es la excelencia de la justicia, que sirve para consolar á los pueblos de la pérdida de su libertad. El fanático y regicida Cromwell, dueño del poder, fue tolerante en religion y en política; promulgó el bill de la libertad de culto y de conciencia; empleó los realistas leales; Hale, magistrado íntegro, y celoso partidario de los Estuardos, fue colocado al frente de la magistratura; Monk, que mandó los ejércitos y las escuadras del Protector, era un realista que en otro tiempo habia sido hecho prisionero en el campo de batalla por los parlamentarios, y lo recordó al triunfar la restauracion.

Cromwell amaba y protegía la nobleza inglesa. Esta no pereció como andando el tiempo la nobleza francesa, porque no separó enteramente su causa de la general, y tambien porque la revolucion de 1640, emprendida en favor de la libertad y no de la igualdad, no atacaba la aristocracia. Los Falkland, los Strafford y los Clarendon habian sido miembros de la oposicion en aquellos famosos parlamentos que tanto contribuyeron á restringir los excesivos privilegios de la corona, y hasta la muerte de Carlos I hubo una cámara de Pares. Essex, Denbigh, Manchester, Fairfax y tantos otros, se distinguieron en el servicio parlamentario de tierra y de mar; multitud de lores tomó parte en la administracion, y se hicieron elegir miembros de los Comunes en los parlamentos de la república y del protectorado, y se dejó ver en los consejos y hasta en la corte de Cromwell. No hubo una emigracion sistemática; y si bien es cierto que perecieron algunos nobles, el cuerpo patricio subsistió incólume en Inglaterra, porque habia tenido el buen criterio de seguir, y aun de iniciar el movimiento nacional.

La administracion del Protector fue activa, vigilante, vigorosa, pero demasiado fundada en la corrupcion de la policía, á la que tenia una decidida propension, y le sacrificaba cuantiosas sumas. Todas las clases dependientes del erario estaban pagadas con regularidad, con un mes de anticipacion; y las pingües pensiones señaladas á los hombres influyentes creaban intereses, si no podían crear deberes.

En lo exterior, Cromwell acabó de humillar la Holanda y de hacer reconocer la superioridad del pabellon británico, por lo que las naciones extranjeras buscaron su alianza. Richelieu habia favorecido los primeros disturbios de Inglaterra, tomándolos por tempestades pasajeras, que ocupando en su propia casa á los enemigos, concedían algun descanso á la Francia; empero no habia reflexionado que se trataba de una revolucion, que acrecentando el vigor del pueblo inglés,

solo dejaria á Mazarino desprecios que devorar: alimento, por otra parte, muy análogo al temperamento del cardenal.

Dunquerque fue entregada á Cromwell por Mazariño; Blake se apoderó de la Jamaica, y la España se vió precisada á ofrecer grandes reparaciones. Háse advertido que Cromwell se abandonó á su pasión religiosa mas que á los consejos de una sana política, al aliarse con la Francia contra España. Esta reflexión, hecha despues de los acontecimientos, no presenta actualmente profundidad alguna, aunque es curioso hallarlas en las *Memorias de Ludlow*. Es verdad que este fue testigo de los triunfos de Luis XIV, y sobrevivió mucho tiempo á Cromwell, cuyo enemigo era.

El Protector trató á la subyugada Irlanda como país de conquista. Los desgraciados irlandeses fueron trasladados por miles á las colonias, y considerable número pereció en los suplicios. Unas leyes draconianas y extranjeras substituyeron aquellas antiguas costumbres hijas del suelo, y cuya autoridad se perpetuaba mediante las tradiciones, delante de alguna imagen de la Virgen, colocada sobre un matorral y al son de una gaita. Vendiéronse las tierras, dándose mil acres de terreno por 1,590 libras esterlinas en el canton de Dublin; por 1,000 en el de Killkenny; por 800 en el condado de Wexford, y por 600 en los diferentes de la provincia de Leinster. Las colonias militares recibieron las tierras situadas á las inmediaciones de Slego, de Colke y de Collel. Los habitantes quedaron reducidos á la condicion de siervos de los soldados ingleses en el Connaught.

Oliverio extendió su autoridad protectora hasta sobre los vandenses, en las montañas de la Suiza. Habiendo el hermano del embajador de Portugal en Londres dado muerte á un ingles, Cromwell le hizo decapitar. El orgulloso usurpador, firmando un tratado, escribió su nombre sobre el de Luis XIV. En 1657 envió su retrato á la reina Cristina con un dístico que decía que la frente de Cromwell *no era siempre el espanto de los reyes*.

De este orgullo del Protector nació la afectada soberbia de los ingleses por espacio de siglo y medio, y que no desapareció sino ante las victorias de la revolución francesa, que han colocado la Francia al nivel de la revolución inglesa.

Sin embargo, Cromwell no fue dichoso, pues todo su poder no alcanzó á impedir que la verdad hiciese oír su voz. Cuando se reconcentraba en sí mismo, recordaba siempre que había asesinado al rey ó á la libertad, y le era preciso optar entre uno ú otro remordimiento. El Protector contaba que en su niñez se le había presentado una mujer desconocida que le había anunciado, como las magas de Macbet, que seria rey. La conciencia de Cromwell presentaba cuando aun era inocente, la tranquila vision de la soberanía real; pero al hacerse culpable le envió el sangriento fantasma de esta. Colocado entre los realistas y los republicanos, que le amenazaban igualmente, se sentia poco satisfecho del equívoco título con que la legitimidad y la libertad le habían precisado á contentarse. Estallaron muchas conspiraciones de los *caballeros*: las de Bagnal, hijo de lady Terringham, de Penruddock, del capitán Grove, del doctor Herve y de sir Enrique Slingsby. Algu nos hombres de la *quinta monarquía* se agitaron tambien: un alférez de caballería llamado Day pertenecía á la asamblea republicana de Coleman-Street, en la que se trataba á Cromwell de perverso y traidor, y algunos regicidas sospechosos fueron encerrados en el castillo de Carisbrook, que había servido de encierro á Carlos I. Los jueces, y sobre todo los jurados, contrariaban el despotismo del Protector, que volviendo á hallar la libertad atrincherada detrás de esta barrera, se veia obligado á buscar los tribunales adecuados á su gobierno, esto es, los consejos de guerra y las comisiones.

Los folletos políticos, una petición firmada por muchos oficiales, un libelo titulado el *Memento*, y especialmente el famoso escrito *Killing no murder* (matar no es asesinar), acabaron de destruir el reposo de Cromwell. El coronel Tito, bajo el nombre supuesto de *William Allen*, era el autor del último escrito. En una dedicatoria irónica dirigida á su alteza *Oliverio Cromwell*, Tito invitaba á su alteza á morir por la felicidad y la emancipación de los ingleses: decíale que su muerte era el deseo general, el ruego comun de todos los partidos, que solo en este punto estaban de acuerdo: Tito firmaba W. A., *ahora vuestro esclavo y vasallo*.

Finalmente, la familia de Cromwell era para él otro motivo de tormento y zozobras, pues hallaba entre los suyos dos especies de oposiciones igualmente violentas: sus tres hermanas se enlazaron con hombres que habían votado la muerte de Carlos I. Tuvo dos hijos y cuatro hijas: Ricardo, protector despues de su muerte, era realista; y Enrique, lord lugar-teniente de Irlanda, tenia parte de los talentos y opiniones de su padre, pero con mas moderación que él.

Su hija mayor lady Briget, de opiniones republicanas, casó en primeras nupcias con el famoso Ireton, y despues de la muerte de este se unió al teniente general Fleetwood. Lady Isabel, su segunda y mas querida hija, había dado su mano á lord Claypole, enemigo declarado de la tiranía, siendo así que ella era acérrima realista.

Lady María, cuya opinion es poco conocida, se enlazó con lord Falcombridge, muy activo en la restauración. Por último, lady Francis, la mas jóven de las hijas del Protector, se casó clandestinamente en apariencia con Roberto Rich, nieto del conde de Warwick. Roberto solo vivió tres meses, y su viuda contrajo nuevo matrimonio con sir John Russell.

El destino de esta última hija de Cromwell fue bastante singular. Lord Broghill había concebido la idea de darla en matrimonio á Carlos II. Lady Francis se brindaba á este extraño proyecto, al paso que Cromwell, bastante tentado, solo lo rechazaba diciendo: «Carlos II es bastante reprehensiblemente disoluto para perdonarme la muerte de su padre.» Difícil es juzgar si Carlos había aprobado, por política ó por ligereza, esta union parricida. El proyecto fracasó porque lady Francis se apasionó de Jerry White, á la vez capellan y bufon de Cromwell, que habiendo sido sorprendido por el Protector de rodillas á los piés de lady Francis, se vió en la necesidad de casarse, para salvarse, con una de las doncellas de su amada. El matrimonio, primero clandestino, de lady Francis con Roberto Rich, se celebró luego públicamente el 11 de noviembre de 1657. Acordándose el Protector en esta solemnidad de los juegos de su primera juventud, arrancó á su yerno la peluca, y derramó confituras líquidas en los vestidos de las mujeres: esta vez á lo menos los convidados pudieron permanecer en la sala del baile.

De esta manera hallaba Cromwell en su familia, ya republicanos y republicanas que detestaban su grandeza, ya realistas que le echaban en cara sus crímenes. Lady Claypole no le dejaba respirar; Ricardo se había arrojado á los piés de su padre para obtener la vida de Carlos I. La esposa del Protector, aunque vanidosa, veía con temor su ilegal fortuna; y tratada con decoro, pero excesivamente amada por su marido, deseaba se transigiese con el monarca legítimo. Por último, la madre de Cromwell, á quien este amaba y respetaba, le había suplicado tambien salvarse al rey; deseaba verle todos los dias una vez al menos, y al oír la detonación de un arma de fuego, exclamaba: «¡Mi hijo ha muerto!»

Estas disensiones domésticas y de todos los momentos, que turban la vida de un hombre mucho mas que los grandes acontecimientos políticos, no podían olvidarse en las distracciones que Cromwell buscaba;

habiéndose apasionado de lady Dvsert, duquesa de Lauderdale, los *santos* se escandalizaron; y tambien llegó á creerse que hacia oraciones demasiado largas con mistress Lambert. Muchos bastardos que se han envanecido, acaso falsamente de su nacimiento, probaron que el regicida Cromwell, tan severo enemigo de la disolución y la licencia, el profeta que comunicaba directamente con Dios, había caído en la debilidad comun á casi todos los grandes hombres, tanto mas frágiles cuanto mayor es su gloria.

Todos los monarcas habían renunciado á divertirse su orgullo con el espectáculo de la degradación humana, por hallarse quizá heridos aun de algunas verdades ocultas bajo unas soeces bufonadas, y habían alejado ya de sus córtés á esos miserables llamados *locos*. Cromwell, en pero, tenia cuatro; ora fuese porque este asesino de los reyes se complaciese en rodearse de lo que había degradado los reyes, regicida tambien respecto de su memoria; ora porque, no atreviéndose á empuñar su cetro, afectase la imitación de las costumbres que este supone; ora en fin porque hallase en su natural inclinación á las escenas grotescas, cierta semejanza con los placeres régios. Pero todos los bufones de la tierra no hubieran podido deterrar de su corazón la tristeza que de él se había apoderado. Su córte, ó por mejor decir, su casa, era á la vez una especie de cuartel y un seminario, donde algunas bulliciosas fiestas desarrugaban dos ó tres veces al año la frente de los predicantes y de los veteranos. Desde la publicación del folleto *Killing no murder*, no se vió sonreír mas á Cromwell, que se veía abandonado por el espíritu de la revolución, origen de su grandeza. La revolución, que le había tomado por guía, no le quería ya por dueño; su misión había terminado, pues ni su nacion ni su siglo le necesitaban ya. El tiempo no se detiene para admirar la gloria: sirve de ella, y pasa adelante.

Este gran renegado de la independencia, sospechaba hasta de sus guardias, que hacia relevar tres ó cuatro veces al dia, y cuyas conversaciones espiaba disfrazado. Pasaba su vida escuchando los dichos de sus numerosos espías, y no se atrevia ya á mostrarse en público sino cubierto con una coraza oculta bajo su vestido, miserable cilicio del miedo; llevaba además en sus bolsillos pistolas cargadas; así es que probando cierto dia un tiro de caballos frisones, cayó y salió el tiro de una de ellas. Cuando viajaba, lo hacia con tanta rapidez, que se sabia había pasado por un lugar cuando había salido de él. Durante la noche vagaba por el palacio de Whitehall testigo del gran sacrificio, como un espectro perseguido por otro; casi nunca se acostaba dos veces consecutivas en el mismo aposento, atormentado allí por sus remordimientos, como la viuda de Carlos se vió desolada mas tarde por sus recuerdos.

La muerte de lady Claypole aumentó la negra melancolía de Cromwell: esta mujer, jóven todavía, devorada en Hamptoncourt por una penosa enfermedad, sucumbió abrumando á su padre de reconvenções, y llamándole, por decirlo así, en pos de ella.

No tardó en seguirla: hacia algun tiempo que padecía de un humor en una pierna; y habiéndole acometido la calentura en el mismo palacio donde su hija había exhalado el último suspiro, fue trasladado á Londres. Fiel á su carácter, Cromwell declaró que había tenido revelaciones de que sanaria para ser útil á su país; y los capellanes de Whitehall anunciaban el próximo restablecimiento del profeta; y este murió, á pesar de tan faustas predicciones, á la edad de cincuenta y nueve años, el 3 de setiembre de 1658, aniversario de las victorias de Dumber, de Worcester y de la apertura del primer parlamento protectoral.

«Cromwell iba á destruir toda la cristiandad dice Pascal; la familia real se veía perdida, y la suya se hubiera mostrado siempre dominadora, sin un pe-

queño grano de arena que se introdujo en su uretra; la misma Roma iba á temblar áste él; pero aquella arenilla, insignificante en sí misma, pero terrible en tal lugar, fue causa de su muerte, del abundimiento de su familia y de la rehabilitación del rey.»

Nada es cierto en esta relación de Pascal sino la nada de la gloria y de la naturaleza humana á que en ella se alude. Una de esas tempestades que preceden, acompañan ó siguen á los equinoccios, estalló en el momento de la muerte del Protector: el poeta Waller, que cantaba todos los poderes, anunció en bellísimos versos que los últimos suspiros de Cromwell habían estremecido la isla de los Bretones; que el Océano se había conmovido al perder á su señor, y que Cromwell había desaparecido en una tempestad cual otro Rómulo. Toda esta poética fraseología no tenia otra realidad que una calentura y algunas ráfagas de viento.

Cromwell participó algo del carácter de Hildebrando, de Luis XI y de Bonaparte, pues fue á la vez sacerdote, tirano y gran hombre, y su genio reemplazó en su país la libertad. Encerraba en sí mismo bastante poder para que le fuese posible crear otro; así pues, mató todas las instituciones que halló ó que le plugo dar.

La mayor parte de los soberanos de Europa se pusieron crespones fúnebres para llorar la muerte de un regicida, y Luis XIV llevó el luto de Cromwell al lado de la viuda de Carlos I. ¿Una corona usurpada absuelve de un crimen?

El nombre de Cromwell, que ocasionaba la cobardía europea, hacia pasar en Inglaterra el poder absoluto á las manos del débil Ricardo; ¡tal es el poder de la gloria! Cromwell dejó el imperio á su hijo; pero los genios en que comienza un nuevo orden de cosas, sea para el bien, sea para el mal, son solitarios y solo se perpetúan por sus obras, nunca empero por sus razas.

El Protector vivió la edad propia de los hombres de su temple: su mas corto reinado es por lo regular de nueve á diez años, y el mas largo, de veinte á veinte y dos. Estos cálculos históricos, que nada parece desmentir, descansan sin duda en alguna verdad natural; acaso la fuerza física de un hombre, colocado en el punto mas alto de las revoluciones, se encuentra agotada en un período de tres ó cuatro lustros.

Acabemos ahora lo que se refiere á Cromwell, aunque sea anticipando algo los hechos.

Thurloe declaraba que Cromwell había subido al cielo, embalsamado con las lágrimas de su pueblo; pero Cromwell, mas franco en el momento en que la gran verdad, es decir, la muerte, se presenta á los hombres, dijo: «Muchos me han estimado en demasía, al paso que otros desean mi fin.» La bajeza de la lisonja que sobrevive al objeto de la adulación, no es otra cosa que la excusa de una conciencia mezquina, puesto que si se ensalza á un dueño que ya no existe, es para justificar, mediante la fingida admiración, el pasado servilismo.

Ricardo hizo magníficas exequias á su padre, cuyo cadáver embalsamado fue expuesto durante dos meses en el palacio de Sommerset, en una sala colgada de terciopelo negro, y en la que no se contaban menos de mil luces. Una figura de cera con vestido de brocado de oro forrado de armiño, ceñida la espada, con un cetro en la mano derecha y una esfera en la izquierda, representaba al Protector: esta imagen estaba tendida en un lecho fúnebre. Un epitafio compendia la historia de Cromwell y de su familia, y decía: «Murió con gran seguridad y calma en su lecho.» Palabras eran estas que se adaptaban mejor á Carlos I, excepto las tres últimas.

La figura de cera fue luego puesta en pié sobre un estrado como para anunciar una resurrección; ó como decían los *independientes*, indignados de aquellas pompas *papistas*, para representar el tránsito de un

alma del purgatorio al paraíso. El 23 de noviembre la imagen volvió á ser colocada en posición horizontal en un hermoso féretro que llevaron en hombros diez gentiles-hombres para trasladarlo á una carroza, y toda la comitiva se trasladó á Westminster, llevando lord Claypole el caballo de Cromwell. El féretro fue depositado en la capilla de Enrique VII; mas no se ve actualmente en Westminster la efigie de Cromwell, sino la de Monk, y búscanse también en vano sus cenizas.

Muchos se complacieron en decir y en escribir, en el momento de la restauración de Carlos II, que Cromwell, previendo los ultrajes de que sus restos podrían ser juguete, había mandado fuesen arrojados al Támesis, ó que se les diese sepultura en el campo de batalla de Naseby á nueve pies de profundidad; Barkstead, regicida, lugar-teniente de la Torre, y protegido por Cromwell, había, según se decía, hecho ejecutar esta orden por su hijo. Decíase finalmente que los cadáveres de Carlos I y de Cromwell habían sido cambiados de un sepulcro á otro, de manera que Carlos II, sediento de venganza, había hecho ahorcar el cadáver de su propio padre en lugar del asesino de este. Pero estas sombrías suposiciones inglesas se desvanecen á la luz de los hechos; el no verse sino la imagen de cera del Protector en la fúnebre solemnidad, consistió en que el estado de las carnes, á pesar del embalsamamiento, precisó á trasladar el cadáver á Westminster antes de la ceremonia pública; la inhumación precedió á los funerales. El cadáver de Carlos I, hallado en nuestros días en Windsor, prueba que el asesino no había ido á dormir bajo el techo del asesinado, y que satisfecho con haberle arrebatado la corona, le dejó su ataúd.

Si fuesen menester más testimonios, diríamos que aun se conserva la plancha de cobre dorado hallado sobre el pecho de Cromwell, cuando se abrió su tumba en Westminster. Esta plancha, encerrada en una caja de plomo, fue entregada á Norfolk, heraldo de la cámara de los Comunes, y en ella se lee esta inscripción:

Oliverius Protector reipublicæ Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ, natus 25º aprilis anno 1599, inauguratus 16 decembris 1653º, mortuus 3 septembris, anno 1658, hic situs est.

Nos queda además otra prueba de la exhumación: la terrible historia ha guardado en el tesoro de sus cartas el recibo del albañil que rompió, por mandato superior, el sepulcro del Protector, y que recibió la cantidad de 45 chelines por su trabajo. Hé aquí este recibo con su redacción original, para que hasta las faltas del ignorante artesano atestigüen la autenticidad del documento:

May the 4th day, 1661, rec.^d then in full, of the worshipful serjeant Norfolk, fiveteen shillings, for taking ut the corpses of Cromell et Ierton, et Brasaw.

Rec. by me JOHN LEWIS.

«El cuarto día de mayo de 1661 he recibido en totalidad del respetable heraldo Norfolk, quince chelines, por sacar los cuerpos de Cromell, et Ierton et Brasaw.

«Recibido por mí, JOHN LEWIS.

Vemos por la fecha de este documento, 4 de mayo de 1661, que John Lewis había presentado una larga cuenta al gobierno: los huesos de Cromwell fueron expuestos en Tyburn el 30 de enero del mismo año.

La Francia conserva también algunos recibos de los asesinos del 2 de setiembre de 1792, declarando haber recibido cinco francos por haber trabajado en pro del pueblo. En uno de estos recibos se ve impresa

la huella de los dedos ensangrentados del firmante.

Finalmente, hé aquí literalmente traducido el documento oficial que da cuenta de la exhumación:

Enero 30 (1661).

«Los odiosos esqueletos de O. Cromwell, H. Ireton y J. Bradshaw, arrastrados sobre zarzos hasta Tyburn, fueron arrancados de su ataúd: allí colgados en los diferentes ángulos de aquel triple árbol (triple tree), hasta ponerse el sol; entonces fueron descolgados, decapitados, y sus troncos inmundos arrojados á un agujero profundo al pié de la horca. Después de esto sus cabezas fueron expuestas en unas estacas en la cúspide de Westminster-Hall.»

Es, pues, evidente que el cadáver de Oliverio fue depositado en Westminster, pero no permaneció allí mucho tiempo. Mas, ¿qué había que temer de él? ¿Podía su esqueleto cortar las cabezas de los esqueletos coronados, apoderarse del polvo de los reyes, y usurpar su nada? Como quiera que sea, el 30 de enero, aniversario del regicidio, los restos del Protector pendieron de una horca.

Cromwell había visitado á Estuardo en su féretro, lo había tocado con su mano, y se había cerciorado de que la cabeza estaba separada del tronco: Carlos II fue, en su tiempo, apoyado también en una cámara de los Comunes, á devolver á los huesos del Protector la visita hecha á los de Carlos I: venganza estúpida, porque si por una parte no se puede arrancar la vida á lo que es inmortal, por otra, no es posible dar la muerte á la muerte.

Los dispendiosos funerales que nada añadían á la grandeza del hombre, y que no legitimaban al usurpador, arruinaron á Ricardo Cromwell, que se vió precisado á pedir á los Comunes un bill suspensivo de las leyes, para no ser preso á consecuencia de las deudas contraídas por las exequias de su padre. La Inglaterra, que no pagó el entierro del hombre que había reconocido como señor, se encargó después de los gastos de inhumación de un simple ministro de Hacienda.

¿Cuál fue el destino de la familia de Cromwell? Ricardo tuvo un hijo y dos hijas, pero el hijo no vivió. Enrique habitó una pequeña quinta, en la que Carlos II entró un día por casualidad, al regresar de caza. Posible es que algun heredero directo de Cromwell por la línea de Enrique, sea actualmente algun ignorado campesino irlandés, acaso católico, que se alimenta de patatas en el territorio de Ulster, que ataca durante la noche á los orangistas, y lucha con las leyes atroces del Protector. Y es posible también que este desconocido descendiente de Cromwell haya sido un Franklin ó un Washington en América.

Lady Claypole murió sin sucesión; y sabemos por un capellan de Cromwell, que lady Falconbridge murió también sin posteridad. Quedaron lady Rich, mas tarde lady John Russell, y lady Ireton, que contrajo segundas nupcias con el general Flectwood. Hallamos una mistress Cook de Newington en Middlesex, nieta del citado general, que comunicó una carta de Cromwell á William Harris, su biógrafo.

La familia de Bonaparte no se perderá como la de Cromwell, porque la mejora de la administración civil no permitirá esta desaparición. Por otra parte, ningún punto de semejanza hay bajo este aspecto, en la posición y el destino de ambos hombres.

El Protector no salió de su isla: las convulsiones políticas de 1640 empezaron y concluyeron en la Gran Bretaña, al paso que las discordias de la Francia se mezclaron con las del mundo entero, conmoviendo las naciones y derribando los tronos. Lo que distingue los movimientos políticos de 1793 de todos los conocidos, es que fueron una emancipación para los franceses y una esclavitud para sus vecinos; una revo-

lución y una conquista. Pregúntese á los árabes de la Libia y del mar Muerto y á los nababs de las Indias el nombre de Cromwell, y se verá que lo ignoran; pregúnteseles, empero, el nombre de Napoleón, y lo repetirán como el de Alejandro.

Cromwell inmoló á Carlos I, y ocupó su puesto; Bonaparte, retrocediendo diez siglos, se apoderó de la corona de Carlo-Magno; mas, aunque ensalzó y destronó reyes, á ninguno dió muerte.

Cromwell tomó por esposa á Isabel Bourchier, y tuvo por yerno principal á un procurador; todos los hijos de Isabel Bourchier volvieron á la oscura condición de su madre, no bien desapareció su famoso padre.

Bonaparte se enlazó con una hija de los Césares, casó sus hermanas con los soberanos que había creado, y sus hermanos con las princesas cuyas dinastías había protegido. No perteneció á ninguna asamblea legislativa, ni fue en tiempo alguno como Cromwell,



CROMWELL EXAMINA EL CADÁVER DE CARLOS I.

un tribuno popular; menos culpable que él para con la libertad, porque había contraído menos compromisos con ella, se juzgó libre para escribir su nombre con la punta de su espada en la genealogía de los reyes: los siglos futuros se han encargado de exhibir sus títulos de nobleza.

RICARDO CROMWELL.

1658.—1660.

Aunque heredero del protectorado, Ricardo era un hombre vulgar que no supo qué hacer de la gloria y los crímenes de su padre. El ejército, dominado mucho tiempo por su caudillo, recobró el imperio. El tío de